

"

PIF-PAF.



LA ABEJA

EL ARTE DE
DOMINAR A
LOS HOMBRES



00163313

el Boila
**"PIF-
PAF"**



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres | 51 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los príncipes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte | 55 El tejedor de Segovia |
| 6 Piel de asno | 56 El príncipe Cododas |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La amiguita de los pájaros |
| 8 Alí Babá y los 40 ladrones | 58 La señorita Scuderi |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constancia |
| 11 El pájaro verde | 61 Nicolásón y Nicolasin |
| 12 Pulgarcito | 62 Los rosales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Chacho |
| 14 El rey del río de Oro | 64 Grisélidis |
| 15 Caperucita Roja | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del zorro | 67 Genoveva de Brabante |
| 18 Pinocho en la isla de los abuelos | 68 La Sirenita |
| 19 La princesa pícarona | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El patito feo |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del diablo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarías | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del moro | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Apeninos a los Andes | 79 El mensajero de la corona |
| 30 Meñique | 80 La camisa del hombre feo |
| 31 El rey Guervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el país de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga liviana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenioso |
| 40 El pájaro que reía | 90 Los dos ruiseñores |
| 41 La Cenicienta | 91 El ladrón de Bagdad |
| 42 Aventuras del rey Beder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silencioso |
| 45 Gulliver en el país de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorigan | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules | 97 El príncipe impostor |
| 48 Los zuecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



"PIF-PAF"

CUENTO

EJEMPLAR



I

El rey extravagante



ABIA una vez un rey que gobernaba el País de las Yervas Locas. Y lo hacía de tal manera, que el pueblo pensaba siempre en sublevarse, y los cortesanos no veían la hora en que cayera del trono. Unos y otros lo conocían por el sobrenombre del Rey Extravagante.

Al nacer su primer y único hijo, enviudó, y desde aquel día decidió dedicarse por entero al príncipe.

Este era lindo en toda la extensión de la palabra, y a los ocho años ya danzaba como un consumado bailarín, montaba a caballo mejor que un maestro de equitación y tiraba las armas como el más experto esgrimista. Y el pueblo, que lo quería y lo admiraba, le había puesto de sobrenombre, el Príncipe Encantador.

Pero, aunque atraía por su hermosura y por su destreza, los que lo trataban, no dejaban de

destacar un vicio que lo dominaba. Este vicio era el de la pereza.

II

La niña Puzza

Todas las tardes el rey iba a charlar un rato en el palacio de la marquesa de Costoro, una venerable anciana que había tenido en su falda, cuando niño, al entonces monarca. En la corte le criticaban su carácter huraño, y no faltaba quien dijera que practicaba las artes de la brujería. Es de imaginar que lo que se decía de ella, no pasaba de ser una vil calumnia, propia de gentes desocupadas, como eran todos los cortesanos del País de las Yervas Locas.

Un día en que el Príncipe Encantador se había portado peor que de costumbre, el rey le dijo a la marquesa:

—Tenéis en mí al más desventurado de los padres y al más intranquilo de los reyes.

—¿Cómo así? —preguntó la dueña de casa, cuyos nobles rasgos no desmentían la fama que tenía de haber sido la mujer más linda en su juventud.

—Mi hijo es cada día más caprichoso. Sus defectos se multiplican en forma alarmante. Y me pregunto de continuo: ¿Debo dejar el trono a semejante sujeto?

—Es muy frecuente que la haraganería y la belleza vayan de la mano, así como el talento y la fealdad. Sin ir más lejos, os puedo presentar un ejemplo en mi propia casa. Hace unos días que tengo a mi cuidado a una sobrinita que se ha

quedado huérfana. Es negra, flaca y desconfiada, pero tan estudiosa, que razona como un sabio, a pesar de tener solamente diez años de edad. Aquí viene a saludaros. Fijaos bien.

El rey se dió vuelta y vió aproximarse a una niña que merecía la descripción que acababa de hacer la marquesa: era fea hasta tirar de espaldas.

Aquel monstruo se detuvo ante el monarca y le hizo una reverencia tan perfecta y chocante, chocante precisamente por su misma perfección, que el Extravagante no pudo aguantar la risa, a pesar del mal talante que traía.

—¿Quién eres? —le preguntó, tocando la cara a la recién llegada.

—Todos me conocen por Pazza.

—¿Pazza?... ¡Qué nombre más raro! ¿Quién te lo puso?



*Era lindo en toda
la extensión de la
palabra.*

—Mi tía, majestad. Dice que soy demasiado loca para que merezca llevar el nombre de algún santo. Ella afirma que soy loca, pero yo creo que quiere decir que soy sabia o poco menos.

—¿Y qué entiendes tú por sabio?

—Sabio es un hombre que sabe lo que dice cuando habla y lo que hace cuando obra.

—¡Muy bien dicho! También sabrás, por supuesto, lo que es un ignorante.

—Eso ya es más complicado, pues hay tres clases de ignorantes: los que no saben nada y saben que no saben; los que no saben nada y creen que saben, y los que no saben nada porque no quieren estudiar. Aunque todos los ignorantes desaparecieran, el mundo no perdería nada.

—Lo que me acabas de decir puede tomarse como un proverbio. ¿Sabes lo que es un proverbio?

—Sí, señor. Los proverbios son las frases que encierran sabiduría, o que pretenden encerrarla, pues los hay para todos los gustos. Son como las campanas, que responden sí o no, según el estado de ánimo del que las interroga.

—¿Qué os parece mi sobrina? —le preguntó la marquesa al rey.

—Que es demasiado inteligente para la edad que tiene. Vivirá poco.

—Hacéis mal, señor —dijo la niña—, al expresaros así ante mi tía. Considerad que no es ninguna chica de diez años.

—¡Silencio, impertinente! —le interrumpió la anciana—. ¿Dónde se ha visto dar lecciones a los reyes?

—Dejadla —intercedió el monarca—. No puede con el genio, mejor dicho, con la sabiduría. ¿Y



—Sabio es un hombre que sabe lo que dice...

quién sabe si no podría ser la salvación de mi hijo? Estaría por nombrarla preceptora del príncipe. Tal vez ese niño caprichoso que no quiere saber nada con los maestros, se someta a la disciplina impuesta por una niña.

—¿Y llamáis niña a ese monstruo? —dijo la marquesa en voz baja.

—¿Por qué no? —contestó el rey—. Estoy decidido, y lo haré.

III

La primera lección

Y Pazza fué preceptora del Príncipe Encantador.

Desde el día siguiente, el heredero era enviado

a la casa de la marquesa, y se le permitía jugar con la fea niña.

Después de las presentaciones, los dejaron solos. Los dos se miraron con curiosidad, y Pazza fué la que inició la conversación.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a su compañero.

—Los que no me conocen, me llaman alteza —contestó el príncipe, con gesto altivo—, y los que me conocen, me dan el tratamiento de monseñor. Y nadie me tutea. La etiqueta así lo exige.

—Si es así, y ya que nos han reunido para divertirnos, no hay que acordarse de la etiqueta.

El niño tomó a la joven de una mano y, tarareando una canción, le enseñó a bailar una de las danzas de aquella época. En menos de media hora, la niña lo hacía tan bien como él.

—¡Qué bien bailas! —le dijo él—. Has aprendido muy pronto.

—Porque tú eres un gran maestro —le contestó ella—. Y para corresponder como es debido, quiero a mi vez enseñarte algo.

Tomó un libro muy bien ilustrado, y le hizo ver monumentos, animales raros, hombres famosos, flores, paisajes y un montón de cosas más, que entretuvieron mucho al príncipe.

—¡Qué lindas láminas! —exclamó él.

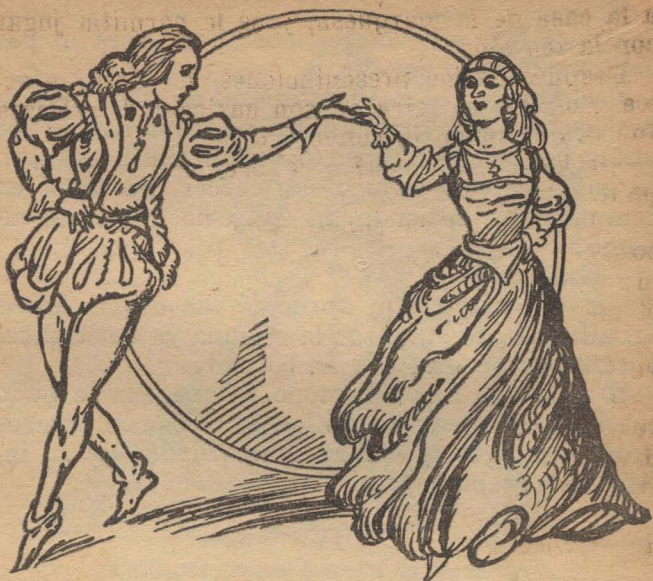
—Y aquí está la explicación de todas. Lee y verás qué interesante.

—No sé leer.

—¡Ah!, ¿no? Bueno, yo te enseñaré.

—No quiero aprender. El estudio me aburre. Y los maestros son muy fastidiosos.

—Pero yo no soy ningún maestro. Mira... Esta es una a. Repite tú: a.



Le enseñó a bailar.

—No. Ya te he dicho que no quiero estudiar. Por nada del mundo me harás decir a.

—Un hombre galante debe complacer siempre a las damas.

—¿Qué me importa? Ya no te quiero. Y en lo sucesivo me llamarás monseñor.

—¡Muy bien, monseñor! —le dijo Pazza en tono colérico—. O leéis lo que os he indicado, o me decís por qué no queréis hacerlo.

—No leeré.

—Pues tenéis que leer. A la una... ¿No? A las dos... ¿No?... A las tres...

—¡No! ¡No! ¡Y no!

Entonces Pazza levantó la mano y ¡pif-paf! descargó dos soberbias cachetadas sobre ambas mejillas del hijo del rey.

Encantador palideció primero, se puso colorado después, dos gruesas lágrimas pugnaban por saltar de sus ojos y miró a su infantil maestra. El gesto de ésta le hizo estremecer. No tardó en dominarse, y haciendo un supremo esfuerzo, exclamó:

—Esta es la a.

Y a continuación aprendió las demás letras del alfabeto. Al finalizar la semana ya deletreaba, y antes de un mes leía de corrido.

El príncipe aprendió todo lo que ella le pudo enseñar, y después siguió los estudios con severos profesores, que quedaban maravillados de su inteligencia y buen trato.

IV

El casamiento

El Rey Extravagante se hallaba muy enfermo y, temiendo morir, deseaba ver casado a su hijo antes de bajar a la tumba. El Príncipe Encantador tenía entonces diecisiete años. Un día llamó el soberano a su heredero y le expuso sus deseos, diciéndole que le daba tiempo para reflexionar.

Una mañana el muchacho fué a su encuentro y le dijo:

—Vos, padre mío, me disteis la vida; pero Pazza me dió más que la vida, puesto que despertó mi inteligencia y mi voluntad. Deseo pagar esta



Entonces Pazza levantó la mano y...

deuda, y no encuentro más que un medio: el casamiento con la mujer a quien debo lo que soy. Os pido, pues, la mano de Pazza.

—Esa actitud te honra —le dijo el rey—. Aunque Pazza no es de sangre real, son tantas sus virtudes y sus méritos y, sobre todo, te ha hecho un servicio tan grande, que debemos olvidar su linaje y aceptarla de buena gana. Posee un alma de reina y, como tal, merece subir contigo al trono. Mañana mismo se celebrará el compromiso y dentro de dos años os casaréis.

Hubo grandes fiestas, y llegada la noche el Rey Encantador condujo a su esposa a una torre del castillo. Al encontrarse en aquel oscuro

recinto, con ventanas enrejadas y complicados cerrojos, Pazza se estremeció y le preguntó a su esposo:

—Este aposento parece una cárcel.

—Sí —le contestó el rey, mirándola con ojos terribles—. Una cárcel es, y de ella no saldrás en toda tu vida.

—¿Acaso soy una criminal, sin saberlo? —le dijo Pazza, sonriendo—. ¿Qué es lo que he hecho para merecer la prisión?

—No te acuerdas del par de bofetadas que me diste? Te elegí por esposa para ser dueño de tu vida y darte el castigo que mereces.

—¡Ah! ¿Sí?... Pues os prevengo que, si no dais por terminada esta broma de mal gusto, no será un par, sino tres pares de bofetadas las que os daré antes de que os retiréis. Si no me abris en seguida las puertas, juro que cumpliré mi amenaza.

—Acepto vuestro juramento y a mi vez os juro que no saldréis de aquí hasta que yo no haya sido lo suficientemente cobarde para recibir los tres pares de cachetadas. ¡A ver, Rachimbourg!

Respondiendo al llamado del monarca, entró un carcelero hosco y barbudo, el cual derribó brutalmente a la reina sobre un miserable jergón y cerró la puerta después de salir junto con el rey.

V

Una noticia horripilante

El Boletín de palacio anunció al día siguiente que la reina había sido atacada de locura furiosa la misma noche de su boda.



El joven rey se casó ...

Entre otros cortesanos que expresaron al rey su sentimiento, figuraba la marquesa de Costoro, la que se arrojó en brazos de Encantador pidiéndole que le evitara el triste espectáculo de ver a su sobrina en tan lamentable estado. El soberano la consoló y ella se retiró diciendo que la enferma quedaba en buenas manos.

Cuando hubo salido la marquesa, el médico de palacio deslizó dos palabras al oído del rey, que hicieron sonreír a éste. Y le dijo en voz baja:

—En efecto, eliminada la marquesa, nada habrá que temer. La venganza podrá cumplirse hasta el fin.

Tres días llevaba la reina en su encierro, cuando una mañana el carcelero, arrojándose a los pies del rey, le informó que la soberana había desaparecido.

El soberano encargó al médico, que no creía en hechizos, una investigación; pero, aunque éste hizo mucho, fué todo en vano.

Rachimbourg no fué más carcelero, pero no por eso se prescindió de sus servicios, pues conocía el secreto del rey, y, como el rey quería aprovechar la sed de venganza que se había apoderado del mal hombre, lo nombró conserje del castillo.

Siete días después, unos pescadores entregaron en la corte las ropas de la reina, que la marea había arrojado a la playa.

Viendo el dolor fingido del rey y las lágrimas de la marquesa, nadie dudó de que la pobre insana había puesto fin a su desdichada vida arrojándose al mar.

Reunido el consejo, declaró que daba a la reina por muerta, y que, para bien del país, conve-



El soberano se aburría soberanamente...

nía que el monarca abreviara el duelo, casándose cuanto antes en segundas nupcias.

El carnaval cayó aquel año cuando la corte estaba de medio luto. Para aliviar el dolor de todos y favorecer al comercio, se resolvió dar un baile de disfraz en el palacio.

VI

El baile de carnaval

Y llegó el día de la gran fiesta palaciega.

Una magnífica rotonda, que quedaba en medio del parque que rodeaba la real mansión, había sido destinada para salón de baile. Se llegaba allí por un laberinto de floridos paseos iluminados por lámparas de alabastro. El recinto resplan-



Aquello fué una



arga arrolladora.

decía de oro, de flores y de luz. Una orquesta muy nutrida y afinada ejecutaba las piezas más en boga, y los cortesanos, ricamente ataviados, hacían derroche de espiritualidad y alegría.

Sin embargo, el soberano se aburría soberanamente.

Se había disfrazado con un dominó azul y había cubierto su rostro con un antifaz que no dejaba ver el menor rasgo. Aunque había hablado a las damas más divertidas y había prodigado su gracia y su talento, había encontrado en todos, que no sabían quién era aquel invitado de dominó azul, la más glacial indiferencia.

Encantador se fué a sentar en un rincón. Y allí, a pesar de la algazara de la fiesta, la imagen de Pazza se le aparecía soberbia y majestuosa. El se ponía a pensar y llegaba a la conclusión de que nada tenía que reprocharse, pues su venganza había sido justa. Sin embargo, el remordimiento le roía el alma.

VII

El encuentro

Se levantó el rey dispuesto a retirarse del baile, cuando vió un poco más allá una máscara que también se retiraba y parecía, como él, sumida en honda preocupación. El dominó de ésta, que estaba mal abrochado en la parte inferior, dejaba al descubierto los bajos de un vestido de gitana y un pie pequeñísimo. El monarca se le aproximó y quedó impresionado al ver sus ojos, que eran grandes y negros y de melancólico mirar.

—¿Cómo por aquí, linda mascarita? —le dijo



—Porque os he reconocido, majestad.

—. ¿No sabes que en el salón, donde todas se disputan el corazón del rey, puedes conquistar una corona?

—Es un juego peligroso —contestó la desconocida—. A lo mejor tomo por el rey al último de sus sirvientes. Y soy demasiado altiva para correr semejante riesgo.

—¿Y si yo te lo mostrara?

—No me convendría decirle nada, pues, si lo criticaba, lo tomaría como una ofensa, y si lo ponderaba, lo consideraría una adulonería.

—¿Tan mal lo juzgas?

—No. El rey es humano y, como tal, tiene sus defectos. Pero, después de todo, ¿qué importa eso?

A Encantador lo asombraba tanta indiferencia. Continuó hablándole con entusiasmo, y la mascarita le siguió respondiendo con desconcertante frialdad.

—Me haces perder la paciencia —exclamó por fin el rey—. ¿Por qué no correspondest a mi entusiasmo?

—Porque os he reconocido, majestad. Dejadme partir.

—Ahora menos que nunca. Sois la única persona que me ha adivinado y me ha comprendido. Os ofrezco mi corazón y mi corona. Quitaos el antifaz y vamos al salón. Os presentaré a esa multitud ignorante como la única mujer a quien he logrado agradar.

—Permitid que no corresponda a vuestro ofrecimiento, aunque mucho me honra y no he de olvidar mientras viva. Soy ambiciosa y en otro tiempo hubiera aceptado complacida vuestra oferta, pero hoy cifro únicamente en el amor mi felicidad. No quiero un corazón compartido aunque sólo sea por un recuerdo. Siento celos del pasado.

—Jamás amé a nadie —exclamó el rey con un entusiasmo que hizo estremecer a la misteriosa dama—. Mi matrimonio fué originado por algo que no puedo revelar, pero os juro que en ello no jugaba para nada mi corazón. Ahora es cuando amo por primera vez en mi vida.

—Quiero estar segura de que me decís la verdad. Acerquémonos a aquella lámpara, y mostradme la mano.

El rey accedió, y la gitana leyó en las líneas de su palma, después de lo cual lanzó un profundo suspiro.

—Habéis dicho la verdad —exclamó al fin—. Jamás amasteis. Pero no me basta con eso. Otra mujer os amó antes de que yo pudiera corresponderos.

—No os imagináis cuánto me hacéis sufrir —

Y, al mismo tiem-
po, ¡pif - paf!



le dijo el rey—. Hay cosas que quisiera sepultar en el olvido, y vos os complacéis en resucitarlas. La reina no me amó nunca, pues sólo la guió la ambición.

—Eso no es cierto. La reina os amaba.

—No me amaba. Tanto mi padre como yo fuimos víctimas de una intriga.

—Debéis respetar a los muertos, en lugar de calumniarlos.

—No es calumnia. La reina no me amó nunca. Era perversa, dominadora, violenta y celosa.

—Si era celosa, sin duda os amaba.

—No era amor, sino ambición lo que sentía. Imaginaos que la misma noche de la boda se atrevió a decirme que se había casado conmigo nada más que por mi corona.

—¡Mentís! —gritó la desconocida—. ¡Mentís!

Y al mismo tiempo, ¡pif-paf!, le propinó a Encantador dos sonoras cachetadas que lo aturdieron, hecho lo cual escapó con la celeridad del viento.

VIII

El fantasma

Entre la baraúnda de la fiesta, el rey pensó que si encontraba un pretexto para que todos se despojaran de sus antifaces, daría con su agresora, si no por su ropa de gitana, por la agitación que sin duda la delataría. Inmediatamente se subió a una silla y después de reclamar silencio, dijo:

—Señoras y caballeros: Como la fiesta está languideciendo, propongo que haya un nuevo incentivo. Quitémonos los antifaces. Yo voy a daros el ejemplo, y que me imite el que me estime.

Se quitó el antifaz y el dominó y se mostró con un magnífico traje.

Todo el mundo se sacó el antifaz y las mujeres se aproximaron al rey. Este se mostraba especialmente atento con las que llevaban vestido de gitana, fueran jóvenes o viejas. A todas las tomó de la mano y las miró en los ojos, después de lo cual ordenó que se reanudara el baile, saliendo al parque con la esperanza de dar con la única gitana que le interesaba.



—¿A ver? Mostradme la lengua.

Al dar vuelta una avenida se encontró con Rachimbourg, quien le preguntó, tembloroso:

—¿No lo ha visto vuestra majestad?

—¿A quién?

—Al fantasma. Se cubría con un dominó, pero sus ojos despedían rayos. Me ha hecho arrodillar y, ¡pif-paf!, me ha sacudido dos tremendas bofetadas.

—¿Es ella! —exclamó el rey—. ¿Por qué la has dejado escapar? ¿No eres, acaso, el conserje del palacio?

—Sí, señor; pero estaba desarmado.

—¿Imbécil! Pero el mal ya no tiene remedio. Si la vuelves a ver, síguela y averigua dónde para.

IX

Las consultas

Después de la extraña aventura de carnaval, el Rey Encantador se sintió atacado por el tedio.

Había dejado el gobierno en manos de su médico, que era el consejero mayor, el cual se aprovechaba bonitamente de su situación, cometiendo toda clase de arbitrariedades en provecho propio.

Por recomendación de Rachimbourg, el referido consejero había puesto al servicio del monarca a un joven paje a quien todos conocían por Tontolín, el cual sabía distraer a su patrón con sus atenciones y su ingenio. Y, agradecido al funcionario, al cual debía su empleo, le transmitía diariamente las palabras pronunciadas por el rey, entre las cuales las había muy interesantes, pues Encantador tenía la costumbre de soñar en voz alta.

Aprovechando que la salud del rey iba empeorando, su médico de cabecera solicitó consulta de tres galenos, los cuales recomendaron al enfermo que fuera a pasar una temporada en las fuentes termales de Aguas Claras.

—Extiende un decreto —le dijo el rey a su médico —nombrándote regente, pues pienso delegar en ti el poder para ir a atender mi salud.

—Casualmente —le dijo el consejero mayor—, tengo en mi cartera el decreto ya redactado. Un buen ministro debe tener preparados los documentos correspondientes a todas las circunstancias.

El rey firmó el decreto y el médico se retiró con un aire más orgulloso que de costumbre.

Instantes después penetró en el aposento real, sin haberse hecho anunciar, un médico extraño y chiquitito.

—¿Dónde están esos ignorantes? —exclamó apenas hubo entrado, mientras golpeaba el suelo con



—¿Dónde está ese médico del demonio?

su bastón—. ¿Por qué no me han esperado? ¿Sois vos el enfermo? —agregó, dirigiéndose al rey—. ¿A ver? Mostradme la lengua.

—¿Quién eres? —le preguntó el monarca.

—Soy el doctor Verdades. No hay médico más ilustre que yo. Llamad al vuestro de cabecera, que fué mi discípulo y me ha hecho venir desde el País de los Sueños. No hay enfermedad que no cure. Vamos, mostradme la lengua.

—Bueno, allá va —exclamó el rey, haciendo lo que el galeno le mandaba—, y terminemos de una vez.

—¿A ver?... ¡Ajá!... ¿Sabéis lo que tenéis? Pues tristeza y algo peor. Está escrito en vuestra lengua. Pero yo os curaré. Mañana al mediodía ya estaréis como nuevo.

—Si es así, os daré lo que me pidáis.

—No hablemos más. ¿Pero qué cartera es ésta? ¿La del consejero mayor? Firmadme esos tres papeles. Son decretos en blanco. Es mi precio. No temáis nada.

—¿Pero qué pensáis hacer?

—Dictar tres leyes. Primera: suprimiendo la mitad de los funcionarios. Segunda: rebajando la mitad de los impuestos. Tercera: abriendo las prisiones donde están los presos políticos y dejando en libertad a los detenidos por deudas. Pero ¿qué es esto? —dijo, viendo el decreto relativo a la regencia, que había quedado sobre la mesa—. ¿Pensáis delegar el poder? ¡Ni se os ocurra! Mirad lo que hago con este documento.

Antes que el rey se lo pudiera impedir, lo rompió en mil pedazos.

Entonces Encantador, tomando al viejo doctor de un brazo, llamó a sus guardias, pero nadie contestó. El visitante quería desasirse, y empezó una cómica lucha durante la cual cayó la lámpara y la pieza quedó a oscuras. Y de repente, ¡pif-paf!, ¡pif-paf!, una lluvia de cachetadas cayó sobre las mejillas del soberano. Sorprendido, éste soltó a su presa, y cuando intentó tomarla de nuevo no dió con ella. Llamó a grandes voces, pero, al parecer, nadie lo oía.

—Siguió gritando desesperadamente, y siguió el mismo silencio.

Por fin abrió una puerta y entró Rachimbourg, que venía a ayudar a desvestir al monarca. Se sorprendió al encontrar la habitación a oscuras y al rey andando a tientas por ella y lanzando juramentos.

—¿Dónde está ese médico del demonio? —gritaba Encantador, ciego de ira—. Y ha salido por la puerta que conduce a tu aposento. ¿Cómo ha entrado? ¿Por dónde se ha ido? ¡A ver! Dímelo en seguida...

—Os juro, señor —exclamó el ayuda de cámara— que no me he apartado de mi puesto, y no



Fué saludado con gritos de entusiasmo.

he visto a nadie. Aunque os debo confesar que, a mi pesar, me rindió el sueño, y si no estuviera seguro de haber soñado, os juraría que una mano invisible se acercó a mí y, ¡pif-paf!, me dió un par de cachetadas.

Y, después de ayudar a desvestirse a su soberano, ambos se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, penetró Rachimbours en la cámara real con un ramo de flores.

—Permitidme, majestad —le dijo al rey—, que sea el primero en participaros el regocijo general. Vuestro pueblo os ama como nunca, pues los impuestos han sido rebajados y las cárceles se han abierto para la gente buena. Asomaos al balcón, que el pueblo os está aclamando.

Cuando así lo hizo el rey, fué saludado con gritos de entusiasmo que llenaron de alegría su corazón.

De repente entró Tontolín y entregó al rey un pliego sellado en el que se le informaba que el médico de cabecera y consejero mayor se había sublevado junto con los funcionarios destituídos. Pedían la cabeza del soberano acusándolo del asesinato de la reina. Habían comprado un poderoso ejército y se acercaban a la ciudad, que, por cierto, estaba bastante mal defendida.

El jefe de las tropas leales suplicó al rey que éste en persona se pusiera al frente del ejército. Y el rey se dirigió al cuartel general.

La victoria

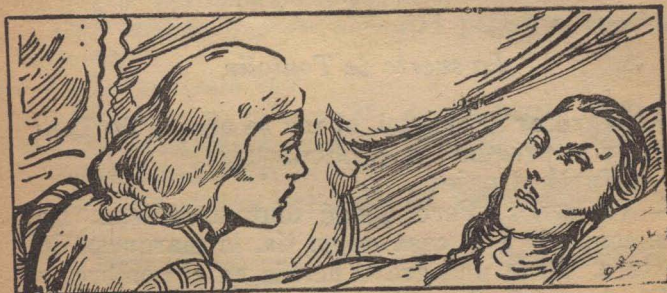
El soberano fué recibido sin entusiasmo por su ejército.

—No hay nada que hacer —les dijo el rey a Tontolín y Rachimbourg, que lo habían acompañado—. Los soldados no me quieren y seré derrotado. Es el justo castigo por mi crimen. Fuí el causante de la muerte de la reina, obedeciendo el deseo de una estúpida venganza, y debo pagar el delito.

—Vos no matasteis a la reina —le dijo el ayuda de cámara— y, además, es posible que no esté muerta.

—¿Qué estás diciendo?

—Hay mujeres que se hacen matar para disgustar a su marido. ¿Por qué no ha de haberlas capaces de resucitar para enfurecerlos? En lugar de pensar en los muertos, pensad en los vivos y marchad a batirlos como rey.



—Veo que en la refriega has perdido...

—No, no quiero pelear, aunque estoy dispuesto a morir.

—En nombre del cielo —le suplicó Tontolín—. Es necesario que os portéis como debe portarse un rey.

Y, acto seguido, ¡pif-paf-!, el paje abofeteó a su rey.

—¡Maldito! —exclamó Encantador, desenvainando la espada—. Antes de morir, me daré el gusto de matar a este miserable.

Pero Tontolín ya no estaba al alcance de su acero. De un salto había montado a caballo e iba al encuentro del enemigo, mientras gritaba a todo lo que le daba la voz:

—¡Adelante, soldados! ¡Por nuestro rey!

Loco de ira, el monarca se había lanzado en persecución del muchacho. El jefe del ejército corrió detrás del rey, y los soldados detrás de su general.

El ejército leal, ante la actitud heroica de su soberano, se lanzó impetuosamente contra el enemigo, derrotándolo en toda la línea.

XI

La suerte de Tontolín

Al regresar al cuartel, el rey se acordó de Tontolín, y le preguntó a Rachimbourg:

—¿Murió el paje?

—No, señor. Pero quedó muy maltrecho. Lo hice conducir a la casa de su tía, la marquesa de Costoro. Tiene una grave herida en el hombro, y antes de morir desearía ver a vuestra majestad.

—En seguida. Llévame al lado del moribundo.

Llegado a la casa de la marquesa, el soberano fué recibido por ésta y llevado a un dormitorio donde los cortinajes apenas dejaban penetrar un débil rayo de luz. Sobre la cama yacía el paje, pálido y ensangrentado.

—¡Pobre Tontolín! —exclamó el rey—. Veo que en la refriega has perdido la mitad del bigote. Por un lado eres mi paje, un buen pícaro, y por el otro, por el que quedó afeitado... ¿pero es posible? ¿Eres tú, mi ángel bueno? ¿Eres tú, mi Pazza?

Y el rey se arrodilló tomando entre las suyas la mano de la joven.

—Mis días están contados —le dijo ella—, pero antes de morir...

—No, no morirás —dijo él, llorando.

—Antes de morir —prosiguió Pazza—, quisiera que vuestra majestad me perdonase las cachetadas que está mañana...

—No hables más. Te perdono.

—Pero eso no es todo.

—No importa, Pazza. Habla con la seguridad de que te perdono de antemano.

—El médico que se permitió pegar a vuestra majestad...

—¿Lo enviaste tú?

—No. Era yo misma. Me sentía capaz de todo con tal de salvar a mi rey. Pero aún hay más.

—¿Más todavía?

—Sí. La gitana del baile de máscaras, que se permitió...

—¿Eras tú también? Te perdono tus cachetadas, pues las tenía merecidas.

—Tengo un último favor que pedir.

—Concedido desde ya.

—Rachimbourg ha sido testigo esta mañana de una escena que debe avergonzarnos. Os recomiendo la lealtad de ese servidor.

Instantes después, Pazza se quedaba profundamente dormida.

—¿Creéis que se salvará? —le preguntó el rey a la marquesa.

—Una alegría como la que tiene, no es solamente capaz de curar a un moribundo, sino de resucitar a un muerto.

Quince días después, la soberana, ya restablecida, hacía su entrada triunfal en palacio.

Cuando, terminados los cumplidos, los reyes estuvieron solos en su aposento, le dijo Encantador a su mujer:

—Acepto que mi corte y mi pueblo celebren mi supuesta sabiduría y mi bondad, pero a ti te reservo el derecho de reírte.

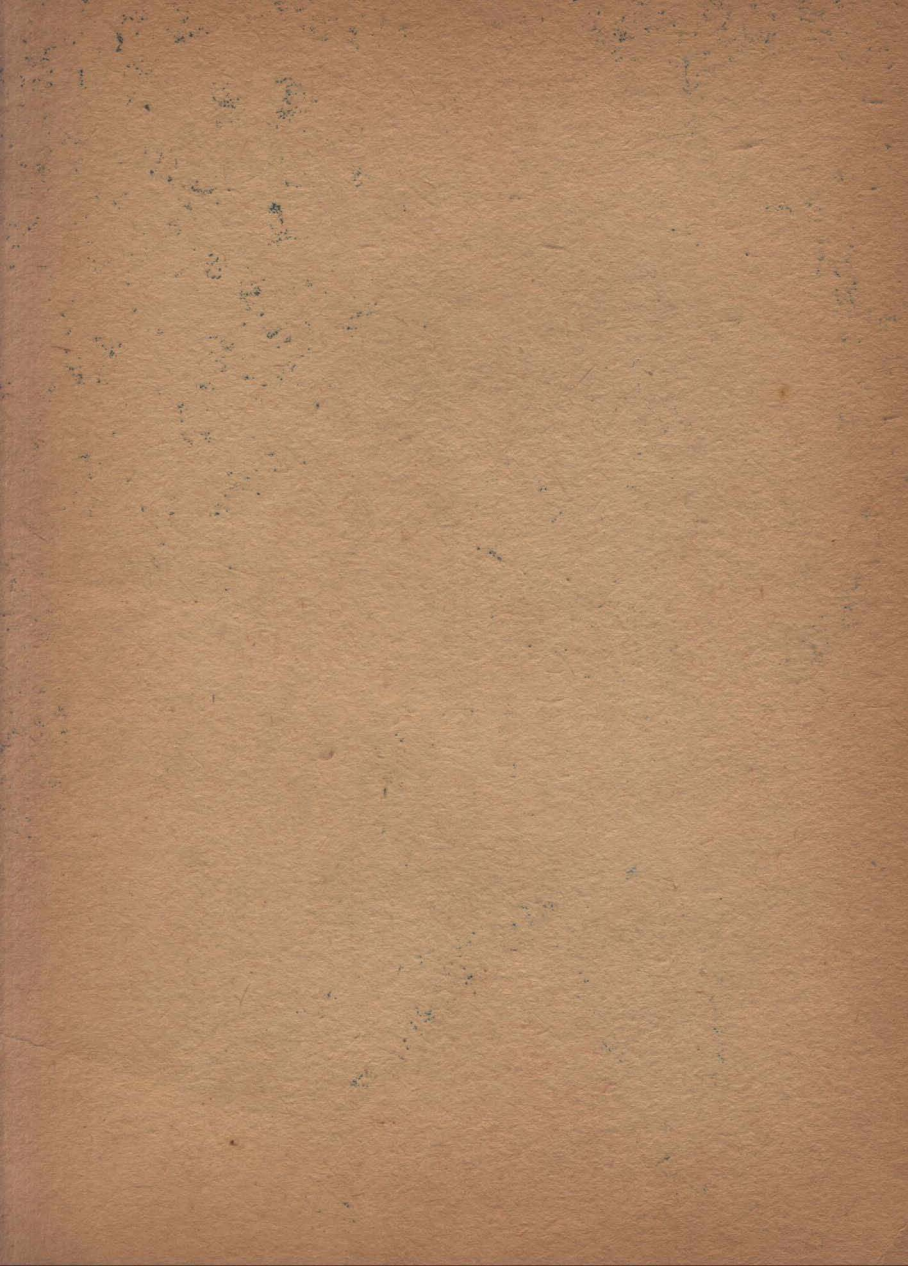
Y así fué. Y vivieron dichosos y contentos durante largos años.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial Tor, el día 4 de enero de 1945.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina.



EDITORIAL
TOR

